

PUNTO DE VISTA

Lo que el 10% no dice, la columna de Valentina Paredes



—por Valentina Paredes—

El trimestre enero-marzo de 2026 dejó un dato que no debería sorprender, pero que igual incomoda: la tasa de desempleo femenino llegó a 10%, subiendo medio punto porcentual en doce meses. La masculina se mantuvo en 8,1%, sin variación. La brecha se amplía. Pero quedarse en ese número sería un error de diagnóstico.

Para entender qué está pasando, hay que mirar primero un dato más estructural: la tasa de participación laboral femenina en Chile se ubica en 53,4%, frente al 71,5% de los hombres. Esa diferencia de 18 puntos se explica, en gran medida, por lo que la literatura económica llama el child penalty: la penalización laboral que enfrentan las mujeres al momento de tener hijos. Mientras que en los hombres la llegada de un hijo no altera su trayectoria laboral, en las mujeres genera una caída inmediata y persistente en su probabilidad de estar empleadas. Según el Child Penalty Atlas (Kleven, Landais y Leite-Mariante, 2024), en Chile el primer hijo reduce la tasa de empleo femenina en un 37% relativo a los hombres — y esa caída no se recupera en los diez años siguientes. La brecha de participación es, en buena parte, el resultado acumulado de ese efecto.

Y sin embargo, a pesar de esas barreras, los datos de este trimestre muestran que más mujeres están decidiendo participar: la fuerza de trabajo femenina creció 1,8% en doce meses, mientras que la masculina cayó 0,1%. Pero cuando intentan entrar, el mercado no las absorbe con calidad. Las ocupadas crecieron solo 1,2% y la tasa de informalidad femenina subió a 27,9%, por encima del 25,4% registrado en hombres. El resultado es doble: más desempleo y más informalidad simultáneamente. El problema es que cuando las mujeres deciden trabajar, el Estado no ha resuelto las condiciones para que esa decisión se traduzca en empleo digno.

Aquí entra la Sala Cuna Universal, y su historia es ilustrativa. El proyecto lleva años en tramitación y hoy sigue sin ser

ley. En enero de 2026, cerró el ciclo legislativo sin ser despachado por ausencias en la Comisión de Educación del Senado. Este mes, se amplió el plazo para presentar indicaciones hasta el 15 de junio. El Ministro del Trabajo reconoce que “persisten complejidades”. El proyecto sigue en trámite.

Lo que se pierde en esa demora es más relevante de lo que parece, porque la sala cuna actúa en dos márgenes del problema al mismo tiempo. Por el lado de la oferta laboral, facilita que las mujeres no salgan del mercado tras tener hijos, reduciendo directamente el child penalty. Por el lado de la demanda, elimina el actual Artículo 203 del Código del Trabajo, que obliga a las empresas con 20 o más trabajadoras a costear la sala cuna. Esa norma funciona como un impuesto a la contratación femenina: las empresas evitan llegar al umbral para eludir el costo, y cuando lo asumen, suelen internalizarlo en menores remuneraciones. Al reemplazarlo por un fondo solidario de financiamiento compartido, se nivelaría el costo de contratar mujeres versus hombres.

El número que mejor resume el problema no es el 10% de desempleo femenino. Es el 20,8%: la tasa combinada de desocupación y fuerza de trabajo potencial que publica el INE, que suma a las mujeres desocupadas y a las que están fuera del mercado pero disponibles y querrían trabajar. Una de cada cinco mujeres en edad activa. La masculina equivalente es 14,6%.

Mientras el proyecto de sala cuna siga en trámite y mientras el cuidado de los hijos siga siendo un problema de las mujeres y no de la sociedad, los datos del INE seguirán contando la misma historia. Solo cambiarán los decimales. La pregunta que deja este trimestre no es solo cuándo se aprueba una ley — es cuándo decidimos que una de cada cinco mujeres en edad activa fuera del mercado es un costo inaceptable.

Profesora Asociada FEN, U. de Chile.

PUNTO DE VISTA

Contenido perfecto, pensamiento ausente



—por Roberto Camhi—

Dejé de leer a alguien que sigo en LinkedIn. No porque sus temas fueran malos, ya que estos seguían siendo contingentes y bien elegidos. Fue porque en algún momento desapareció la sensación de que había alguien detrás. Primero fue una intuición difusa pero después se volvió evidente. Sentí como si esa persona hubiese delegado el pensamiento.

Esa experiencia, real por cierto y que parece menor, dice más del momento que vivimos que cualquier análisis sobre inteligencia artificial.

Durante años asociamos valor con perfección en todo. Nos enseñaron desde el colegio a escribir con textos impecables, sin faltas de ortografía y buena redacción, ideas ordenadas y ejecuciones sin error. La IA cumplió esa promesa de forma brutal, con una perfección total de manera rápida, abundante y barata. El problema es que eso se volvió un commodity, y cuando algo se vuelve commodity, deja de ser diferenciador. Deja de ser ventaja y se convierte en el piso mínimo, el “desde”.

Lo anterior no sería un problema si no estuviéramos perdiendo la capacidad de producir cosas nuevas y distintas. Michel Desmurget, doctor en neurociencias, lo documenta claramente en su libro La fábrica de cretinos digitales. Nos dice que no es un problema de distracción solamente, sino más bien es un deterioro cognitivo progresivo y medible. Menos lectura profunda, menos escritura, menos memoria activa y más estímulo rápido, es decir, más dopamina inmediata.

Desde los años 80 ciertos indicadores de capacidad cognitiva, después de décadas de aumento sostenido, comenzaron a estancarse y retroceder. La razón es simple: cambiamos esfuerzo por facilidad. Externalizamos la memoria, simplificamos el lenguaje, reemplazamos profundidad por velocidad. Todos sabemos que un músculo que no se entrena simplemente se pierde. Lo más inquietante es

que en la era de la herramienta más poderosa que hemos creado para amplificar el pensamiento, estamos menos entrenados para pensar por nosotros mismos.

Nos han dicho por todos lados que la IA no reemplaza el pensamiento, sino que lo amplifica. Pero si no hay nada detrás, lo único que amplifica es el vacío. Es por lo anterior que el “rastreo humano” importa, pero no como estética ni como nostalgia, sino que como señal de que hubo proceso, fricción y criterio real. Como señal de que alguien se tomó el tiempo de entender antes de opinar y que analizó, bajo su propia óptica, lo que estaba comunicando. En un mundo de respuestas instantáneas y contenido generado en segundos, eso empieza a ser genuinamente raro... y extraordinario.

Por primera vez en la historia, la imperfección auténtica empieza a tener valor y los rasgos de humanidad empiezan a convertirse en estatus. Queremos ideas menos pulidas pero más honestas, opiniones que no buscan ser correctas, sino ser propias.

La pregunta que recurrentemente se instala en los titulares y comentarios en las redes es si la IA nos va a reemplazar y quiénes se verán más afectados. Es una pregunta legítima, pero en el fondo es la pregunta fácil, la más cómoda, porque pone la amenaza afuera. Las preguntas que yo me haría, un poco más incómodas, son ¿qué pasa si dejamos de ser capaces de usarla con profundidad? y ¿qué pasa cuando la herramienta es extraordinaria y el operador es superficial?

En un mundo donde cualquiera puede generar contenido perfecto en segundos, la ventaja competitiva no va a ser técnica. Va a ser cognitiva. Va a estar en quién tiene algo propio que decir y la capacidad de sostenerlo con rigor, con criterio, con liderazgo, contexto y argumentos. La mala noticia es que eso no se entrena con un prompt.

Fundador de Mapcity y Apanio, advisor y director de startups.